

## EL IMAGINARIO DEL TIEMPO

Alain Verjat

**No hace falta convocar a Bergson o a Heidegger** para rendirse a la evidencia, que este coloquio proclama con fuerza, que el tiempo es probablemente el asunto más importante con el que el ser humano se las tiene que ver. Asunto tan complicado y de tan numerosas facetas que los diccionarios al uso, entre los más solventes, adoptan una postura de una gran prudencia cuando se ven en la necesidad de ofrecer una definición. La del DIEC 2, citada en los textos de la convocatoria ( «forma mental que assumeix l'experiència de la durada i de la successió, el temps essent concebut com a transcorrent contínuament i uniformement i mesurat per fenòmens successius que ocorren a intervals regulars») constata, a falta de algo mejor «hi ha moltes opinions tocant a l'essència del temps», y nos invita a aplicar la ley que dispone que la función crea el órgano, que la regularidad permite observar el tiempo, que el reloj es su última consecuencia, aunque no sepamos muy bien, en definitiva, qué es lo que estamos midiendo. En una segunda acepción, equipara el tiempo atmosférico con el cronológico, lo cual anuncia ya unas constataciones a las que llegaremos posteriormente. Por su parte, el DRAE se queda mucho más corto y se limita a definir la noción de tiempo como la «duración de las cosas sujetas a mudanza». Al parecer no se reparó en que si las cosas están sujetas a mudanza es porque no duran, de modo que la definición propuesta no nos hace progresar mucho. Decididamente, la lexicología se muestra bastante impotente en este asunto. Y lo es porque aborda el problema *in*

*abstracto* en vez de considerarlo como lo que es, es decir una experiencia que hace el ser humano tan pronto nace y que le acompañará hasta su muerte. En este sentido, podemos decir ya que el tiempo cubre la totalidad del campo antropológico, y que por ello importa mucho más cómo lo vivimos que los vanos intentos de hacer objetivo algo que sólo se aprehende de manera subjetiva, como saben los psicólogos.

Para la reflexión que propongo, utilizaré las conclusiones a las que llega Gilbert Durand en su obra *Las estructuras antropológicas del imaginario*, que data de finales de los años 1960, y que se vieron científica y experimentalmente confirmadas, 20 años más tarde, por observaciones clínicas (aplicando el test AT9) que no dejan lugar a dudas en cuanto a la solvencia de las propuestas, entonces revolucionarias, del antropólogo francés<sup>1</sup>.

**La experiencia del tiempo es, desde el primer momento, una experiencia de terror.** El bebé que nace siente ante todo que algo cambia bruscamente en su plácida existencia fetal, su tiempo que empieza a correr se traduce por movimientos, cambios brutales que se repiten y confirman cuando le cuelgan de los pies, le pegan en el trasero, le duchan bajo el grifo, lo sacuden de mil maneras, y pasa de mano en mano en medio de ruidos atronadores. Definitivamente, todo lo que se mueve de manera brusca e inesperada será fuente de ansiedad: cualquier

---

<sup>1</sup> vid. Yves Durand *L'exploration de l'imaginaire : introduction à la modélisation des univers mythiques*, Paris, 1988 .

agitación, cualquier hormiguelo será sinónimo de amenaza y pocas imágenes lo traducirán mejor que los insectos pululando a millones, como en *Cuando ruge la marabunta* (1954), y devorando todo lo que encuentran a su paso. Ya tenemos las primeras imágenes del tiempo devorador bajo las especies de la animalidad irracional. Es lo que traduciría el poeta Jules Supervielle cuando escribió:

*Cuando los caballos del tiempo llaman a mi puerta  
Siempre me pregunto si les doy de beber  
Ya que con mi sangre apagarán su sed...<sup>2</sup>*

**Por consiguiente, todos los animales**, y especialmente los dotados de dentaduras (o cascos) espectaculares, lobos o tiburones, estampidas de caballos o bisontes que destrozan a quien pisotean, como también los ogros devoradores de niños en los cuentos, mediante este sadismo dental, traducen este terror que causa la experiencia del tiempo. En el principio estaba Saturno (Cronos) quien devoraba a sus hijos, como lo captó magistralmente Goya en uno de sus más famosos cuadros.

**Un segundo grupo de imágenes arquetípicas** se impone al imaginario humano para traducir esta angustia; son isomorfas de las anteriores, es decir que dicen lo mismo con otros recursos, con otras formas. Se trata de las imágenes tenebrosas, experiencia de ceguera transitoria o definitiva, durante la cual

---

<sup>2</sup> Jules Supervielle, *Les amis inconnus*, «Les chevaux du temps».

todos los ruidos son amenazantes, como puede serlo todo lo que no se puede identificar: chirrían las puertas y ululan las bestias que acechan en la oscuridad. Esta necesidad de identificación lleva a la imagen del espejo, especialmente acuático, en el que se mira inútilmente el pobre Narciso, representado en un cuadro de Dalí por un huevo, es decir una vida en potencia que no será, en el que flota, a la deriva de su imposible destino, la triste Ofelia. Las aguas en las que nos podemos mirar, aguas durmientes, se vuelven así maléficas, productoras de gases mefíticos, nieblas asfixiantes y arenas movedizas y no sorprenderá a nadie que todos los monstruos sean acuáticos, pues son criaturas en las que se subsumen la bestialidad, la oscuridad y el agua, desde Equidna, la ninfa monstruosa de la mitología griega, hasta el folklórico Nessie en su lago escocés. Finalmente, el agua tenebrosa, las amenazas agazapadas en las simas oceánicas y sus pulpos gigantes, remiten a todo lo que inmoviliza para matar, la araña y el calamar gigante, todo lo que es atadura, en latín *fascia*, el maleficio, de donde nos viene *fascinación* y el español facineroso, («delincuente habitual» DRAE), así como el catalán *facineròs* («*malfactor*» en el DIEC).

**Finalmente, un tercer grupo de imágenes**, probablemente a partir de la misma experiencia del nacimiento, se encarga de traducir para nosotros el horror y el terror que nos causa el tiempo. Son las imágenes que Durand llama catamorfos, y que se refieren a la caída. Caída causada primero por la fuerza de la gravitación, pero que se equipara rápidamente con la caída moral es decir el pecado. Abundan las figuras mitológicas que han conocido el destino de la caída o de sus prolegómenos, el

vértigo: se llaman Ícaro, Tántalo, Hefaistos, Atlas. En la Biblia, Adán y Eva, en quien la caída viene precedida de la voracidad (en realidad, según dicen, erotismo que es igual a gula). Así, este pecado original, que las ondas gravitacionales primitivas recientemente observadas vienen a recordar como origen de todas las cosas o si se prefiere principio del correr del tiempo después de las incertidumbres del Big Bang, explica porqué el imaginario humano, en la práctica lingüística de unos signos que no pueden ser del todo arbitrarios, con perdón de los estructuralistas, acuña la expresión «*caer en la tentación*», y *decaer en sus derechos, usual en las oposiciones*; en francés será *déchoir, déchéance*, penosa forma de la decadencia. Ciertamente podemos *perder el tiempo*; pero no es menos cierto que el tiempo es lo que uno va perdiendo con el pelo, el calcio de los huesos y los dientes de la boca, lo que a uno le va perdiendo. «Para enfermedad de años, no hay medicina» reza el refrán. Y lo dice así porque el tiempo es algo que no tiene remedio.

**Naturalmente, nadie puede vivir con esta angustiada carga** y se necesita encontrar diques y contrafuertes para que la existencia sea soportable. El imaginario necesita dotarse de recursos para enfocar de manera aceptable y, si se puede, gratificante, la experiencia del tiempo que pasa. Naturalmente, no nos libramos nunca de los terrores que se han señalado y que numerosas imágenes se encargan de representar: nuestras pesadillas nos las recuerdan a menudo; pero, al mismo tiempo, el ser humano es capaz de adoptar puntos de vista que interpretan la experiencia del devenir de manera que pueda

desembocar en un sentido y quizás una significación, que será el sentido de la vida, una buena razón, diría Camus, para no suicidarse.

El neurólogo y psiquiatra Vladimir Bejtrev (o Betcherev) había podido demostrar que el ser humano nace con tres reflejos innatos, a los que llamó la **dominante postural** - es decir la tendencia irrefragable a conquistar la verticalidad que se aprecia ya en el recién nacido -, la **capacidad de mamar**, y el **sentido del ritmo** como reproducción de una acción que producirá algo. Durand observó que cada uno de estos reflejos era capaz de aglutinar imágenes, según «constelaciones», que traducían nuestra capacidad de contrarrestar las del tiempo devorador, constelaciones que configuraban distintas modalidades, puntos de vista, maneras de aprehender el tiempo; llamó a estos grupos distintos regímenes de la imagen. Y distinguió así el régimen que llama *diurno*, porque se articula en torno a la diairesis, del régimen *nocturno*, el cual subdividió en *nocturno místico*, porque se rige por la analogía, y *nocturno dramático* porque se explica por el cambio provechoso, o si se prefiere el progreso, que es el nombre optimista que damos a la entropía universal.

**El régimen diurno es el del dualismo** que contempla, idealizándolas, las cosas buenas y, dramatizándolas, las malas. Su punto de vista sobre el tiempo es pues trágico porque se puede representar mediante un vector en cuya punta de flecha está la tumba. Las cosas de la vida son pues como son, y sólo las podemos conocer por oposición, por exclusión o contradicción, aplicando el principio de identidad. Hay buenos y malos, días y noches, luz y tinieblas, el Bien y el Mal, el héroe y

el villano. Si bien combate sin cesar, tiende a la fatalidad («*con el tiempo todo se sabe, se olvide y de deshace*» o peor aun «*tiempo y viento, mujer y fortuna pronto se mudan*) y se reconforta en la constatación de verdades indiscutibles, aceptación resignada de la condición humana («*no es cada día agosto ni vendimia*», «*agosto y septiembre no duran siempre*», «*abril y caballeros, pocos son buenos*»). El hombre es aquí un héroe que lucha contra el tiempo y la muerte, a sabiendas que esta lucha se acaba siempre en derrota («*a la corta o a la larga, el tiempo todo lo alcanza*», «*tiempo ni hora no se ata con sogas*»). Aunque el personaje arquetípico de este régimen adopte las armas y atributos del héroe solar, corona, cetro, espada, no consigue vencer el tiempo que discurre indiferente a las humanas penas: «*súfrase quien penas tiene, que un tiempo tras otro viene*». En definitiva, el flamante héroe poco poder tiene sobre la realidad y el tiempo que hace («*ponte el capillo, ruin, que viene abril*», «*con cualquier tiempo puede llover*»; el tiempo se le escapa de las manos («*afeites en mujer y cielo aborregado duran lo que un nublado*»). Y sólo queda pues la resignación («*no hay cielo sin nubes, ni paraíso sin serpiente*», «*el amor hace pasar el tiempo y el tiempo hace pasar el amor*»), la valoración, único punto positivo, de la experiencia («*tras los años viene el juicio*», «*el mejor maestro es el tiempo y la mejor maestra la experiencia*»); aunque siempre subsiste el sentido de la fatalidad («*cual el tiempo, tal el tiento*», «*mudado el tiempo, mudado el pensamiento*») que es el nombre del destino irremediable, siendo este último adjetivo el que emplea Baudelaire, substantivándolo (*L'irrémediable*) para designar en el título de un poema de *Las flores del Mal*, el espantoso sentimiento del

tiempo que pasa como lo explora también en «L'horloge» ( el reloj») texto que empieza con estos versos:

**«Horloge! dieu sinistre, effrayant,  
impassible,  
Dont le doigt nous menace et nous dit:  
«Souviens-toi!»**

*(Reloj, dios siniestro, espantoso, impassible  
Cuyo dedo amenazante nos dice  
«¡recuerda!»)*

Para no «escapar del trueno y dar en el relámpago», sólo quedará la fe, recurso irracional para un fenómeno irracional: «*más vale a quien Dios ayuda que a quien mucho madruga*»). El destino del héroe diurno, en definitiva, es la oblación y la santidad, la vida eterna si se quiere, el nirvana de los budistas donde no hay ni tiempo ni espacio ni probablemente materia. Se esfuerza en contrarrestar la obra destructiva del tiempo oponiendo la luz a las tinieblas, el aire puro al miasma, las armas a las ataduras, nudos gordianos que se pueden cortar, la purificación al pecado, el cielo al infierno, el ángel al animal, como acertadamente observó Paul Valéry en *El cementerio marino*, frente al mar infinito al mediodía,

«...Templo del Tiempo, que un suspiro cifra,  
subo a ese punto puro y me acostumbro  
de mi mirar marino todo envuelto;  
tal a los dioses mi suprema ofrenda,



el destellar sereno va sembrando  
soberano desdén sobre la altura.

Como en deleite el fruto se deslíe,  
como en delicia truécase su ausencia  
en una boca en que su forma muere,  
mi futura humareda aquí yo sorbo,  
y al alma consumida el cielo canta  
la mudanza en rumor de las orillas...»<sup>3</sup>

la mejor defensa del ser frente al tiempo es el no ser.

**El régimen nocturno místico de la imagen** se articula en torno a una percepción práctica del tiempo que se rige por el principio de la analogía universal y de la similitud. Por ello, las sensaciones, que se declinan fácilmente en sinestias, el realismo sensorial, tendrán un papel preponderante. El héroe solar se erguía frente al enemigo empuñando sus armas. Ahora, a falta de enemigo, el ser se dedicará a disfrutar de las cosas de la vida desplegando los recursos de todos sus sentidos. En efecto, el tiempo aquí ya no es devorador porque adopta la forma de los ciclos; los cambios que se observan no traen consecuencias, porque son parte de una evolución que se inscribe en una sucesión de acontecimientos que se repiten a intervalos regulares. Como la luna que de nueva se torna cuarto

---

<sup>3</sup> versión de Javier Sologuren. Ed. La máquina del tiempo.

creciente, luego luna llena, y cuarto menguante para acabar en luna nueva que anuncia un nuevo ciclo. Recuérdesse que era el punto de vista adoptado por el diccionario (DIEC 2) que obviaba así todas las demás implicaciones. Es curioso observar que los académicos del DRAE son de la tendencia «lo que el viento se llevó» mientras que los del DIEC contemplan el tiempo como un ciclo.

Como nace de las sensaciones relativas a la alimentación, todo lo gustativo, luego sensitivo, sensual y placentero, servirá para representar esta experiencia del tiempo considerado ahora no como un enemigo aterrador sino como un don precioso. Cada instante será ocasión para celebrar algo («*el salmón y el sermón en Cuaresma tienen sazón y después non*») desdramatizando y eufemizando lo que, en otro contexto, cobraría valores más inquietantes. La lluvia, aunque benéfica para la tierra, no lo suele ser para el excursionista; sin embargo «*lluvia de matutino alegre al peregrino*», o «*nunca lluvia de verano por mal tiempo es tenida*». Incluso se llega a gozar de este fenómeno atmosférico en detrimento de los demás cuando se dice «*lluévame a mi abril y mayo y a los demás todo el año*». Se puede apreciar incluso los momentos menos agradables ya que se sabe que «*al cabo de los años mil vuelven las aguas a su cubil*» y que si «*febrero [es] corrusquero, marzo ventoso, abril lluvioso, [viene después] mayo loro, cubierto de oro*». ¿Les asusta la tormenta? Pues «*no siempre que truena caen rayos*». ¿Les preocupa que el invierno se alargue más de la cuenta? Tranquilos: «*primavera tardía nunca es nociva*». Se entiende que ahora «*el tiempo es oro*», divino tesoro, como la juventud, hasta el punto que «*el tiempo cura al enfermo que no el ungüento*» o

«*más produce el tiempo que el campo bien labrado*». En el registro de la inversión de los valores que torna benéficas las cosas más desagradables, encontramos consejos como «*a mal tiempo buena cara*», y «*a hambres buenas no hay pan duro*». En este universo imaginario, cada cosa llega a su oportuno momento ( «*cada cosa en su tiempo y los nabos en Adviento*»), de tal modo que el mundo se caracteriza por la abundancia de bienes y la prosperidad: «*grano a grano hincha la gallina el papo*». El mundo está en orden o, como rezaba el Doctor Pangloss al Cándido de Voltaire « todo está bien en el mejor de los mundos posibles». «*Cada martes tiene su domingo*», «*a cada cual da Dios frío según anda vestido*», hasta formular el oximorón meteorológico: «*hace sol y sin embargo llueve*», cuya versión francesa («*le diable bat sa femme et marie sa fille*») no deja de recordar la catalana («*plou i fà sol, les bruixes es pentinen*»). En esta vasta operación de inversión, la caída que precipitaba en el abismo se torna bajada placentera del alimento en el trayecto digestivo, lo que era pecado, dulce penetración, mientras las tinieblas ceden el paso a la noche estrellada, tan bien pintada por Van Gogh, con sus mil colores. La lluvia que era diluvio ahora refresca o purifica, cuando no alimenta, el sol abrasador ahora broncea, y las fieras se amansan al son de los acordes de la música de Orfeo. Y aunque el tiempo se desmadre, luego todo se compensa («*por Navidad sol y por Pascua carbón*» o «*quien toma el sol en Navidad, fuego por Pascua buscará*», «*Noël au balcon, Pâques aux tisons*»). No hay tiempo ni muerte que valga en este universo que equipara la tumba con la cuna, el morir con el nacer. Definitivamente

integrado en el universo que habita, el ser está en su casa por doquier, nada le amenaza, todo le es refugio y fuente de placer.

**El tercer régimen de la imagen se desarrolla a partir del reflejo innato del ritmo productivo.** Se califica de dramático o diseminatorio por cuanto presupone una acción eficaz (drama) que siembra para el futuro. Se concibe como un perfeccionamiento del régimen anterior. Si el régimen nocturno místico era el del ciclo, este se puede representar con una espiral, figura que concilia la *circularidad* con el cambio. La vida puede considerarse eterna siempre y cuando se acepte que está sujeta a cambios. Ahora, la oruga se convertirá en mariposa; ahora, como reza la Biblia, «si el grano no muere no habrá cosecha». Se contempla pues los acontecimientos de la existencia desde el punto de vista de la sistemática coincidencia de los contrarios, la famosa «coincidentia oppositorum» de los alquimistas. La madera dura que se hace girar rítmicamente en la madera blanda acaba produciendo fuego. Con mucho batir la nata, se obtiene mantequilla, y hay indios que siguen tocando el tambor para que llueva. Estos ritmos productivos llevan fácilmente a todos los ritmos sexuales y sus fecundas o placenteras consecuencias. En conjunto, el principio que rige este régimen es el de causalidad: si A entonces B. Es una manera de encauzar el tiempo en un discurso racionalizador, sea mirando hacia el pasado, sea hacia el futuro. Así, de estas hipotiposis, puede nacer la filosofía de la historia.

Pero siempre hay un precio a pagar para que el cambio se produzca, un sacrificio que consentir. Si A (tal es el sacrificio) entonces B (tal es el beneficio): «*el tiempo no pierde quien su*

*herramienta prepara*». Muchas veces se puede considerar la condición como nefasta si bien el beneficio es provechoso: «*año de nieves año de bienes*» o «*año seco año bueno*». Pero puede ser que las cosas vayan al revés y no faltan los refranes para avisar de los peligros que acechan al desprevenido: «*quien abrojos siembra, espinas coge*», «*quien abusa de su montura, ni va lejos ni le dura*» o, en el registro meteorológico «*Candelaria con sol, invierno y desgracia son*». El mundo rural es fecundo en esas fórmulas que dan sentido al quehacer de cada día, sea para celebrar las cosechas («*agua de mayo, pan para todo el año*», «*mayo frío, mucho trigo*») o deplorar su ausencia («*año de paja, año de nada*»). Esta sabiduría ancestral y popular gusta de adoptar estas fórmulas de advertencia en las que siempre se vuelve a encontrar la misma implacable lógica causal: «*quien se viste de mal paño, dos veces se viste al año*» o también «*si bebieres con el caldo, no darás al médico un puerco al año*».

Con estos ejemplos sacados del refranero tradicional, se puede comprobar que el modelo desarrollado por Durand para describir el funcionamiento del imaginario humano, no sólo depende exclusivamente de nuestra percepción del tiempo, sino que da cuenta de las diferentes maneras que tenemos de percibirlo y de interpretarlo. Como estas imágenes arquetípicas, que se derivan en el caso de cada régimen, de unos principios y unas lógicas que son universales, podemos comprobar que cubren efectivamente la totalidad de campo antropológico y que permiten una interpretación que esperamos enriquecedora de las diferentes ocurrencias que se pueden encontrar, en particular en el campo que aquí nos interesa. No existen otras modalidades

de expresión de nuestra experiencia del tiempo que las que hemos mencionado. Todas ellas son, en sus respectivos registros, isotópicas. Lo cual quiere decir que «*tiempo y hora no se ata con soga*» revela, significa, simboliza lo mismo que «*abril y caballeros, pocos son buenos*» respecto del imaginario humano.

Es preciso señalar que no existen ejemplos de regímenes puros y exclusivos, menos en el caso de enfermedades mentales como la esquizofrenia, muy amiga, como es de suponer, del régimen diurno. Cada uno, según su carácter, sus vivencias, su educación y su cultura, entre otros factores, articula su imaginario mediante proporciones variables de cada uno de los regímenes descritos. Todos tenemos algo que nos hace un poco héroes, algo que nos hace un poco hedonistas o poetas, y algo que nos incita a invertir para ganar, a sacrificar para cosechar, y nos aboca a apostar por el progreso aunque en muchos casos no se tenga plena conciencia de lo que la palabra presupone. Pero cada cual tiene su peculiar geografía imaginaria con la que se las ve y se las desea con aquello de lo que nadie escapa, el Tiempo.